

LA VIOLENCIA Y LOS INTELLECTUALES

Un diputado de la CSU de Baviera —el partido de Strauss— ha dicho en estos días de confusión por el secuestro del industrial Schleyer que habría que culpar, aunque fuese sólo como culpables espirituales, a los novelistas Günter Grass y Heinrich Böll. No podía faltar esta acusación contra los intelectuales en una situación de crispación. No faltaron algo más que acusaciones contra los intelectuales en la Alemania hitleriana, época que ahora a su manera el partido del señor Strauss. No han faltado nunca en el mundo. Los intelectuales, hechos de la estofa de la no violencia, pacifistas hasta la exasperación, mueren frecuentemente fusilados por quienes les acusan de violencia.

La culpabilidad de Grass y Böll, en este caso, está referida a su intento de explicar lo que podrían ser las razones de quienes cometen actos de violencia y terror: más allá incluso de los que podría suponer la palabra "razones", las motivaciones profundas. Las raíces de la desesperación, las fuentes de la insurrección, del acto aislado, de las personalidades agresivas... En una palabra, por cumplir con lo que es su deber de intelectuales, que es precisamente el de esclarecer, examinar o investigar. Sobre todo, en cuanto se refiere a naturaleza humana y hechos políticos. El término intelectual nació ya dentro de esta misma polémica. Se admite comúnmente que el uso de la palabra en un sentido político comenzó precisamente el 14 de enero de 1898, cuando "L'Aurore", de París, publicó lo que se llamó "Manifiesto de los intelectuales". El texto era breve: "Los abajo firmantes, protestando contra la violación de las formas jurídicas en el proceso de 1894 y contra los misterios que han rodeado el 'affaire' Esterhazy, persisten en solicitar la revisión". Los primeros de los "abajo firmantes" eran Emilio Zola, Anatole France, Marcel Proust, Leon Blum... El proceso de 1894, el "affaire" Esterhazy, son referencias a lo que se conoció en el mundo como caso Dreyfus, que dividió a la izquierda y la derecha. Los intelectuales tomaron ya una posición de examen del tema, de profundización de causas, de supresión de los prejuicios. Y merecieron la acusación en punta de la derecha. Como la de Maurice

Barrés: "Nada peor que estas bandas de semlintelectuales. Una semicultura destruye el instinto sin sustituirlo por una conciencia. Todos estos aristócratas del pensamiento insisten en afirmar que no piensan como la vil multitud... Pobres bobos que se sentirían vergonzosos de pensar como simples franceses. Estos pretendidos intelectuales son un residuo fatal en el es-

fuerzo intentado por la sociedad para crear una élite... Estas gentes mal avenidas, estos pobres espíritus envenenados (...) merecen una especie de piedad indulgente, análoga a la que nos inspiran los ratones de Indias a los cuales los profesores del Instituto Pasteur inoculan la rabia. Sin duda, esos desgraciados animales merecen ser sacrificados, o, por lo menos, guardados en

jaulas sólidas, pero filosóficamente sería injusto maldecirles. Su triste estado es una condición indispensable del progreso científico...". Con el tiempo por delante, los intelectuales serían efectivamente sacrificados y guardados celosamente en jaulas. Y a la palabra le quedaría el reproche con que aparecería, años más tarde, en el vocabulario de Lalande: "La palabra intelectualismo tiene casi siempre un sentido peyorativo, emparentado al uso desfavorable que ha sido hecho también de la palabra *intelectual* en las discusiones políticas". A la larga, se vería que los intelectuales de "L'Aurore" tenían razón, y que el caso Dreyfus se resolvería —demasiado tarde— en el mismo sentido que ellos, por encima de los juicios de su época, estaban viendo.

En general, y dentro del tema concreto de la violencia en Alemania Federal, la posición de los intelectuales ha sido continuamente desfavorable a los terroristas, a los secuestradores y a los asesinos políticos. Pero ninguno de ellos se ha limitado a esta condena, sino que cumpliendo con su oficio y con su obligación, ha examinado las condiciones de vida en Alemania Federal, y los orígenes de la violencia. Este examen, surgido principalmente en Francia, ha herido profundamente la sensibilidad de los centros de poder en Alemania, acusados ya por su blandura con los nazis y por su dureza con las izquierdas.

De todas formas, dentro de este amplio coro de intelectuales anti-violentos, aparece una excepción: la de Jean Genêt en un amplio artículo publicado en "Le Monde", objeto después de numerosas controversias, Jean Genêt opone la violencia ("violencia y vida son más o menos sinónimos") a la brutalidad del sistema. Este es el círculo vicioso: "El proceso que se hace a la violencia forma parte de la misma brutalidad. Y cuanto más grande sea la brutalidad, más infamante sea el proceso, más necesaria e imperiosa es la violencia. Cuanto más rompe la brutalidad, más exigente será la violencia, que es la vida, hasta llegar al heroísmo".

Jean Genêt tiene una biografía de escritor, ladrón, vagabundo... Su vida se ha desarrollado entre la violencia y la brutalidad: desde que en la infancia —antes de los diez años— fue encerrado en un reformatorio. Del reformatorio salió con la voluntad hecha de resistir al sistema, a la brutalidad del sistema, y a la negación de la autoridad. Toda su obra —parte de la cual es conocida en España: y se anuncia para esta temporada el estreno de "El balcón"— es un manifiesto contra el orden dominante y un canto a los individuos asociales. Su cualidad de lenguaje, su capacidad poética y teatral, está por encima de cualquier duda o consideración.



Jean Genêt,
por
Vázquez de Sola.



"Debemos a Andreas Baader, a Ulrike Meinhof (...) —ha escrito Genêt—, habernos hecho comprender no sólo con palabras, sino también con sus acciones, fuera de la cárcel y en la cárcel, que solamente la violencia puede acabar con la brutalidad de los hombres".

El contenido del artículo de Genêt es simplemente este: la violencia es la vida, la brutalidad que se opone a la violencia hace un daño incalculable. La brutalidad puede tener rostros invisibles: las viviendas "sociales" o protegidas; la burocracia; el "reemplazamiento de la palabra por la cifra; la prioridad, en la circulación, que se da a los vehículos sobre la lentitud de los peatones; la autoridad de la máquina sobre el hombre que la sirve; la codificación de las leyes prevaleciendo sobre las costumbres; la progresión numérica de las penas; el uso del secreto para impedir un conocimiento de interés general; la inutilidad de la bofetada en las Comisarías; el tute de los policías a quienes tienen la piel oscura...". "Debemos a Andreas Baader, a Ulrike Meinhof, a Holger Meins, a la RAF en general, habernos hecho comprender, no sólo con palabras, sino también con sus acciones, fuera de la cárcel y en la cárcel, que solamente la violencia puede acabar con la brutalidad de los hombres".

Una de las respuestas que ha encontrado Jean Genêt es la de Jacques Ellul, profesor de la Universidad de Burdeos. Jean Genêt

dice, emplea los argumentos burgueses clásicos, y les da simplemente la vuelta. "Durante todo el siglo XIX se ha querido distinguir entre la violencia criminal (del asesino, del anarquista) y la violencia oficial reglada, sometida a las leyes; por tanto, legítima". "Un intelectual conformista del siglo XIX podía hacer sobre el tema inverso declaraciones igualmente conmovedoras y grandilocuentes que las de Jean Genêt. No hay violencia buena, en un caso como en el otro, que en relación a ese valor. Y nos volveremos a encontrar con el florón del discurso burgués: el fin justifica los medios". "Ignora totalmente que toda violencia engendra siempre y necesariamente una contraviolencia, que los atentados de la 'banda de Baader' son la mejor provocación del nazismo, y no son las distinciones verbales entre violencia y brutalidad las que podrán cambiar algo".

Para Jean Genêt, Alemania se ha convertido en lo que esperaban los Gobiernos de los Estados Unidos: su fortín más adelantado hacia el Este, y el más ofensivo. "A esta brutalidad, perpetuándose a sí misma según la lógica que se ha vuelto loca, la RAF no podía replicar más que con la violencia heroica". "Es evidente que la oposición de Alemania Federal a todo partido comunista abierto es responsable en gran parte de la existencia de la RAF que prueba, de una manera restallante, que la socialdemocracia es demócrata en sus discursos, inquisitorial cuando quiere. E inquisitorial con torturas 'limpias', 'refinadas', gracias a las técnicas modernas, inquisitorial sin remordimiento, también sin preocupación". Las últimas palabras del artículo de Genêt: "Creo ver aquí un doble fenómeno de desprecio. Alemania busca —y en una cierta medida lo consigue— dar de la RAF una imagen aterradora, monstruosa. Por otra parte, y por el mismo movimiento, el resto de Europa y América, alentando la intransigencia de Alemania en su actividad de torturadora de la RAF, buscan, y en cierta medida lo consiguen, dar de la Alemania 'eterna' una imagen terrorífica, monstruosa".

El artículo de Jean Genêt es una excepción prácticamente absoluta en Europa en la justificación de la violencia, y en su posición teórica a la brutalidad. Pero no lo es en cuanto a la necesidad de explicar el fenómeno llamado "de nuestro tiempo" por unas razones estructurales, históricas. Podrá la represión acabar con este tipo de criminales, llegarán a ser exterminados: podrá implantarse la pena de muerte allá donde no la haya. Pero todo volverá a resurgir mientras las condiciones de vida mantengan una opresión y una irrealidad en las relaciones humanas y en las relaciones con el poder. ■

Los niños franceses, fichados

PARIS.—Hasta ahora los escolares de este país tenían una libreta como la que todos hemos conocido, con las notas semanales o trimestrales y la apreciación de los profesores; en la "rentrée" de este año, la reforma Haby (nombre del ministro de Educación que la ideó) se aplicará, para empezar, a los párvulos: a todos los niños franceses se les establecerá una ficha con el estado civil y situación social de los padres; sus antecedentes médico-psicológicos; se inscribirán el desarrollo de la escolaridad del niño, sus capacidades, sus comportamientos incluso paraescolares, etcétera.

Es decir, que los profesores sabrán en todo momento si tal alumno es hijo de obreros inmigrados o nieto de Rothschild, si su padre es alcohólico o si su madre hizo el "trottoir" por los alrededores de la Madeleine.

La fichita será establecida por los profesores, la dirección, psicólogos y un servicio médico-social. Los padres podrán examinarla y añadir las consideraciones que crean convenientes o refutar las impertinentes. En cambio, no se autoriza a los principales interesados (los niños) a saber lo que dicen de ellos hasta su mayoría de edad (dieciocho años). Por último, las fichas iban a ser archivadas durante cinco años después del final de la escolaridad.

Digo iban porque ante la polémica que ha surgido, tras las protestas, el Ministerio decidió reducir el lustro a un año, asegurando también que todas esas informaciones serán confidenciales y que, en particular, no llegarán a manos de los empresarios. Todo se hace, dice el señor Haby, en beneficio del estudiante. "Nunca conoceremos bastante su pasado para orientar mejor su porvenir".

No logró convencer a todo el mundo. La confederación sindical de familias piensa que "ese dossier" tendrá un gran peso, como lo tiene ya la profesión de los padres; será una justificación para una intocable selección". Los radicales de izquierda opinan que "es un atentado grave contra el secreto profesional y contra la vida privada de las familias". Otros hablan, decididamente, de "ficha policial".

El efecto de Pigmalión

Hay quien cree, en cambio, que el ministro obró con buena fe, que quiso ayudar a los profesores para que comprendan las dificultades de los alumnos: la pobreza de su expresión, su falta de motivaciones, etc. Si el alumno procede de una familia culturalmente pobre, se explican muchas cosas, y los profesores harán un esfuerzo particular con él, serán más indulgentes. Estas buenas intenciones tienen sus inconvenientes que no sopesó el señor Haby, como señala el diario católico "La Croix": ante los educadores, tal niño será siempre "el hijo de padres divorciados", "alcohólicos" o "analfabetos". Los profesores serán más comprensivos con él, no le castigarán, pero tampoco le exigirán grandes proezas. Inconscientemente, los profesores pueden olvidar el margen de evolución que tiene todo hombre y que le permite vencer ciertos determinismos sociales y psicológicos; en suma, pueden ser víctimas del "efecto de Pigmalión", comprobado por la experiencia: los miembros de tribunales otorgan mejores notas a los trabajos de alumnos de los que tienen buenos informes.

En "Le Monde", el escritor Roger Ikor puso el grito en el cielo: "¡Las fichas, al fuego!". Duda mucho que las destruyan. "Hay cosas en la vida social que, como la rueda de trinquete, giran en un sentido y nunca en el otro (...) un día se meterán todas las fichas en un ordenador, y después será facilísimo conectarlo con un fichero central...".

Más duro fue Claude Olivenstein en un cara a cara radiofónico con el ministro: "¿Necesitan ustedes inmediatamente un Pinochet?", e invitó a todos los maestros de Francia a no participar en esta empresa de "fichar totalmente a los franceses". ■